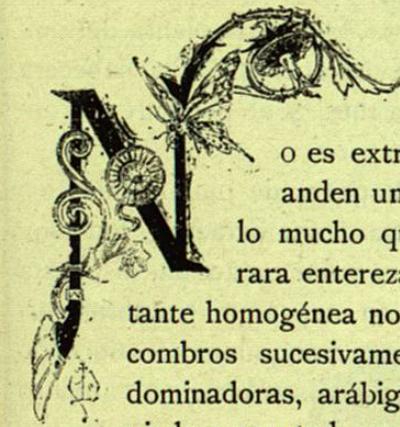


CAPÍTULO V

Muros de la ciudad, interior, arrabales



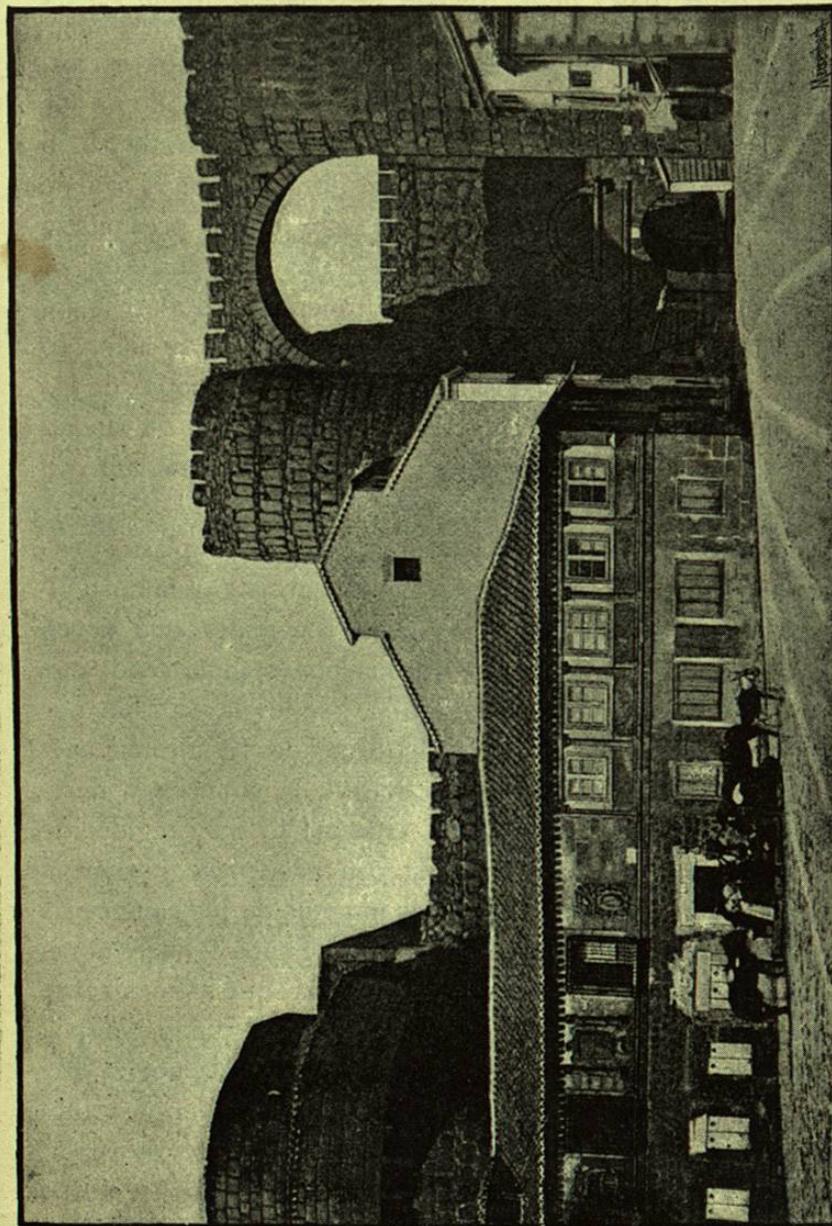
No es extraño que á las murallas de Ávila anden unidas peregrinas tradiciones, según lo mucho que impresionan su grandiosidad y rara entereza. Si el examen de su fábrica bastante homogénea no confirma que procedan de los escombros sucesivamente amontonados por las razas dominadoras, arábica, goda, romana, y hasta de las piedras asentadas por el hijo de Hércules, si ningún documento autentica por otra parte su rápida reconstrucción en el espacio de nueve años, los últimos del siglo XI, en el modo y forma que la crónica relata (1), al menos se manifiesta que se hicieron todas de una vez y bajo un solo plan, en tiempos muy cercanos á la restauración de la ciudad, con previsoras miras de fuerte resistencia, en medio de las alarmas y peligros de un

(1) Véanse más explanadas estas referencias en la pág. 304.

país rayano y de una reconquista todavía mal segura. No toda la población á las horas existente se encerró en la robusta valla; dejando fuera extensos barrios y venerables templos como San Vicente, San Pedro, San Andrés, Santiago y otros ya fundados á la sazón, trazóse un irregular perímetro de cuatro lados ni iguales ni paralelos entre sí, ó más bien se siguieron los rastros del que permanecía acaso como recuerdo de anteriores edades. Por base se tomó el lienzo oriental que es el más largo de todos y donde ofrece el terreno menos sensible desnivel por prolongarse en esta dirección la loma: al norte y al sur se tiraron dos líneas un tanto convergentes que dominan su respectivo valle, aquel más estrecho, este espaciosísimo hasta las lejanas sierras, y que hacia la mitad de su longitud bajan una y otra en rápido declive á buscar la orilla del Adaja, cuyo cauce va de mediodía á septentrión formando tangente con la ciudad y besando al oeste su cerca por la parte más corta. Quedó la planta del murado recinto muy semejante á la de un ataúd, con la cabecera desmedidamente ancha vuelta á levante, y al poniente los angostos piés hundidos en la arena del río.

No hay ejemplo, al menos en España, de una fortificación de la Edad media tan consistente, tan desembarazada, tan completa en sus menores detalles. Parece estar en acción, dispuesta siempre á repeler violentos asaltos no menos que traidoras sorpresas, guardando vigilante el caserío, tranquilamente dormido en su regazo ó agrupado por fuera á la sombra de su amparo y bajo el alcance de sus ballestas. De sus ochenta y ocho torres ni una sola falta (1); ninguna construcción parásita se les

(1) «Tiene la cerca de Ávila en circuito, dice un manuscrito bastante acorde con la descripción de Ariz, 3,025 varas que hacen 9,075 piés y ochenta y ocho torres con la del cimborio de la catedral en esta forma: desde la torre de la Mula frontera á San Vicente (ángulo nordeste) hasta el cubo de San Segundo (ángulo noroeste) treinta torres—desde allí á la esquina de la casa de las mujeres públicas (ángulo sudoeste) doce torres—desde allí á la puerta de Mala Ventura, cinco—desde allí á la puerta de Montenegro, seis—desde allí á la puerta de Gil Gonzalez llamada de la Estrella y más moderno la de Grajal, cinco—desde allí á la torre de la esquina (ángulo sudeste) sin los barbacanos, nueve—desde allí á la torre de la



ÁVILA. — PUERTA DEL ALCÁZAR

arrima ni oculta su gentil arranque, ningún quebranto ha sufrido apenas su diadema de merlones: elípticas más bien que semicirculares, avanzan notablemente del muro á trechos cortos, descollando en altura sobre el remate también almenado de los lienzos. Hermosa perspectiva, ora se la contemple desde abajo cual falange apostada y fija en la altura, diseñando en el azul de los cielos sus picas y cimbras, ora se la siga en su precipitado descenso por ásperas cuestas, cual columna de guerreros no desconcertada un punto en el orden y firmeza de su marcha. Y lo que tiene de harto rudo su aspecto ó de sombrío su color, lo templan con su amena frondosidad las piramidales copas de los álamos plantados en su circuito, y el gracioso vaivén de las ramas parece imprimir movimiento y vida á aquel semblante de piedra y desarrugar su inflexible ceño.

Enclavado entre oriente y sur en la cerca de la plaza, pero sin distinguirse ya de ella exteriormente, subsiste el famoso alcázar, si tal nombre merecen unos patios ó corrales que sirven de cuartel y un arco ojival entre dos machones, pintorreado con motivo de la proclamación de Felipe V, que le da entrada por una angosta calle frente al portal del Mercado. Su alcaldía aneja á la guarda del cimborio de la catedral, la confirieron hereditariamente los reyes Católicos á Gonzalo Chacón regidor de la ciudad, cuyo hijo conservándola con prudencia y energía supo desde allí mantener á raya los ímpetus de los comuneros y las exigencias de la *santa junta*. Ordenó Felipe II hacer obras en el edificio y reparar la torre de la esquina, que avanza sobre matacanes llevando añadido, al parecer, un segundo cuerpo; pero lo que hay de imponente y grande en aquella puerta que es la principal y más concurrida de Avila, llámese del Mercado, del Alcázar ó de San Pedro, no se debe al *prudente* monarca, ni tampoco á los reales consortes que encima del bajo y tosco

Mula con el cimborio de la catedral, veinte y una.» Resultan pues, treinta en el lado norte, doce en el lado oeste, veinte y cinco en el del sur y veinte y una en el del este.

medio punto, esculpieron dentro de un marco semicircular sus armas y su divisa del nudo y manojos de flechas (1): de más remoto origen y tal vez de la erección general de las murallas, datan probablemente los colosales y salientes torreones que la defienden y que al extremo de su avance se enlazan por medio de un aéreo puente de arco atrevidísimo, paralelo al muro y ceñido como él de almenas, formando de lejos y de cerca una extraña y asombrosa visualidad. La puerta tiene rastrillo y en el centro de su bóveda una tronera ó hueco por donde podían ser aplastados desde arriba los que intentasen entrar á viva fuerza. Algunas casas edificadas por excepción al pié de aquellos cubos, ponen más de realce en cierto modo su enorme elevación, y los toldos de las tiendas y la animación y abigarrada concurrencia del Mercado, añaden á su aspecto monumental el interés de una escena de costumbres.

Como la línea del este viene á cortar casi el centro de la población á causa del crecido desarrollo que tomó por aquel lado el arrabal, traza una de las calles más anchas y prolongadas á manera de *coso*, y se esconde á trechos detrás del caserío, no sin asomar á menudo por cima de los tejados la extremidad de las torres ó la orla de sus adarves. Sobresale entre todas por su vasto ruedo y doble almenaje, el nombrado cimborio de la catedral, insigne en carácter, más insigne aún por sus leyendas; y ciertamente que mereciera corresponder á él la fisonomía de la contigua entrada á la ciudad, que aunque simple postigo, es una de las más transitadas. Pero la disimula y cubre un edificio de almohadillados portales, metido entre dos cubos y levantado en tiempos de Felipe II según el letrado, con destino al peso de la harina y después á carnicerías (2). Ocupa el entre-

(1) Debajo está la inscripción atestiguando que «el rey D. Felipe II mandó reedificar la torre de la esquina de esta fortaleza y ansimismo la casa real de este alcázar siendo corregidor Hierónimo Piña de Zuñiga año de 1596.» Ya en 1592 se prescribió en una cédula al corregidor citado, acudir á los reparos de la fortaleza.

(2) «Reinando Felipe II, dice aquel, se hizo dicha obra y carnicería con acuer-

pañó siguiente otra casa con portada del renacimiento y acroterías y bichas encima de sus dos columnas, albergue fundado para los pobres por el racionero Rodrigo Manso, el mismo acaso que confeccionó las inscripciones sepulcrales de la catedral (1). De esta suerte ocultándose y reapareciendo, continúa la muralla hasta el ángulo de la vía, frente á la basílica de San Vicente, donde la puerta de su nombre, no menos majestuosa aunque más solitaria que la del Mercado, presenta las mismas formas, el mismo rastrillo, los gigantescos torreones, el suspendido puente que los une.

Sencillas son las dos abiertas en el flanco septentrional: la del Mariscal, denominada así probablemente del que lo era de Castilla en el reinado de Juan II, Álvaro Dávila yerno del almirante francés y cabeza de los Bracamontes, y la del Carmen situada en el principio del declive, junto á una torre cuadrangular de las pocas que hay de esta forma en todo el recinto. En la parte más baja sale al oeste la puerta del Puente, en la mitad de una cortina reforzada con espesos cubos; y doblando la esquina al sur y remontando la pendiente, se suceden otras tres de construcción si no primitiva, poco reformada de seguro. Tapiada la primera siglos hace, y conocida con el siniestro nombre de Mala Ventura, recuerda el sacrificio de los rehenes que murieron lealmente por el rey niño Alfonso VII ó la infausta salida de los seguidores de Nuño Ravia y el desastre de Valmuza, á todo el que acepta tradiciones más ó menos probables, á buena cuenta de etimologías (2). De la vecina casa natal de

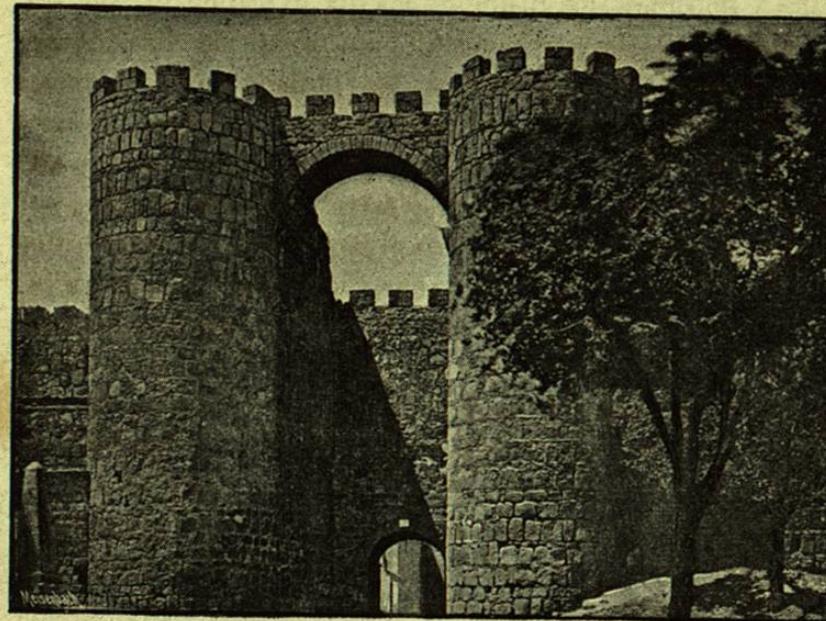
do de la justicia y regimiento de la ciudad año 1591.» Las carnicerías duraron muy poco en su sitio del peso de la harina, pues en 1596 se autorizó su traslación al que antes ocupaban en el Mercado Grande debajo del mirador de la Alhóndiga. Ganaría mucho la entrada con la demolición del edificio, prohibiendo la construcción de casas en su solar.

(1) De este racionero y de los epitafios que puso, hablamos al tratar de la catedral. Sobre la puerta de la referida casa hay un nicho con figura de san Martín, y el letrero que refiere su fundación á favor de los pobres, termina con estas palabras *Domus misericordiae*.

(2) Las indicamos ya en la página 315, sin poder averiguar si el nombre deri-

santa Teresa recibe el suyo tan ilustre la segunda que llevó antes el de Montenegro: de la Estrella, de Grajal, y más comunmente de Gil González, por la pertenencia tal vez del inmediato caserón, llamábase la tercera hoy titulada del Rastro,

ÁVILA



PUERTA DE SAN VICENTE

que comunica con un reciente paseo. Desde esta puerta hasta el ángulo del mismo costado meridional, no había menos de cuatro postigos: el del marqués de las Navas, el de don Enrique Dávila, cuya morada se trocó en colegio de jesuitas y por último en palacio episcopal, el de la barbacana del alcázar, y

vó del hecho ó si el hecho se inventó para explicar el nombre. La puerta de Mala Ventura, cerrada por muchos años, se mandó abrir otra vez en 1506 para el paso de los vecinos por el tiempo que fuese voluntad del rey, según la cédula que obra en el archivo del ayuntamiento. Posteriormente se llamó del Matadero, y su postre cerramiento no data sino de la última guerra civil.

otro en este frontero al hospital de la Magdalena; los cuatro han desaparecido ó permanecen cerrados.

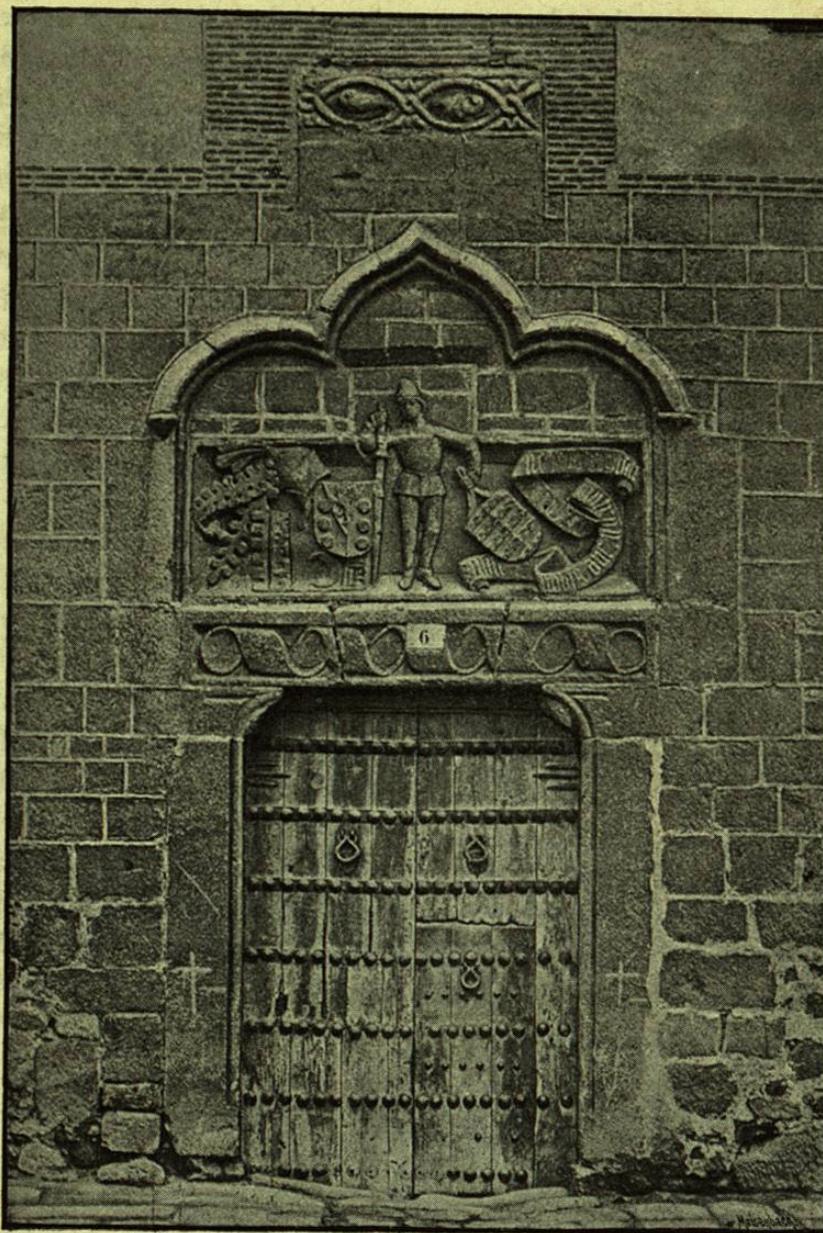
No sé qué melancólico encanto por su soledad y por sus fachadas de piedra oscura, tienen para el viajero las plazuelas de Avila que le aguardan á la entrada casi de cada puerta. En la de Sofraga, pasado el portal de San Vicente, se mecen frondosos árboles y murmura una fuente de las que reinando el Emperador se distribuyeron por la ciudad para ornato de ella y abasto de los vecinos (1): una gran casa, hoy titulada de Campomanes y procedente tal vez de los Águilas según el blasón, se hace allí notar más bien que por los tres escudos puestos debajo del arco escarzano y por las jambas platerescas de su ventana, por un informe animal de piedra, toro al parecer y no elefante, que echado en un rincón descansa de las vicisitudes de veinte siglos. La plaza que se forma delante de la catedral, ofrece á la parte de mediodía una portada de arco gótico trebolado con figura de guerrero y en la esquina de enfrente, la espaciosa mansión de los marqueses de Velada, cuyo ascendiente Gómez Dávila mereció hospedar en ella á Carlos V en 1534 y tres años antes á la emperatriz y al príncipe heredero. Álzase en el ángulo una torre ya rebajada, y tres órdenes de galería en el extenso patio dan indicio de su pasada grandeza (2).

Siguiendo á espaldas del alcázar estrechas calles, que se ensanchan hacia el nuevo Santo Tomé, y frente al palacio de los obispos que antes lo fué de los señores de Navamorcuende, aparecen á lo largo sombreadas por densa arboleda, las denegridas paredes de otro, ceñidas de almenas, sembradas de pe-

(1) Hízose en 1536 el concierto entre la ciudad y la tierra, que ahora se diría la provincia, dando ésta tres mil ducados para ayuda de traer el agua á las fuentes de aquella y comprar los sitios donde se habían de colocar, á cuyo efecto se derribaron algunas casas. La conducción del agua desde la sierra por medio de arcos y cañerías, se verificó año de 1539, según el letrado puesto en el acueducto inmediato al convento de las Gordillas.

(2) Del marqués de Velada la heredó con su título el de Astorga: en 1866 la poseía nuestro amigo don Enrique Aboín Coronel.

ÁVILA



PUERTA DE CASA PARTICULAR FRENTE Á LA CATEDRAL

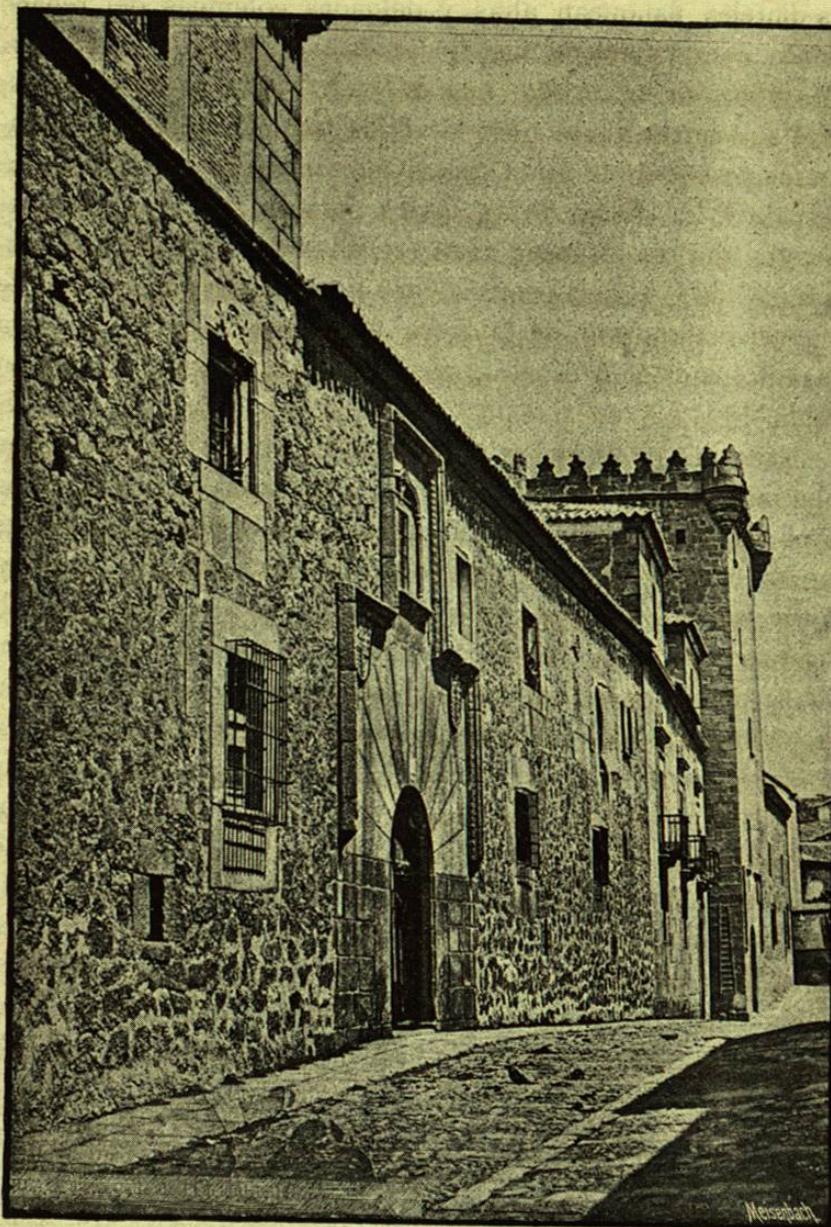
queños ajimeces sin columna. Salientes matacanes defienden sus dos puertas, tapiada la una, y encima de la abierta campea el escudo de trece roeles entre dos vellosos salvajes encadenados y dos heraldos á caballo tañendo sus trompetas. Pertenecen estas armas, ganadas á lo que se dice en el siglo XIII en cierta expedición sobre Ronda, á los Dávila señores de Villafranca, jefes de la cuadrilla de Esteban Domingo ó de San Vicente, creados en el XVI marqueses de las Navas (1); y del primero de este título conserva el recuerdo una monumental ventana con reja en la esquina del piso bajo, decorada con dos graciosas columnas y frontón triangular, en cuyo friso se lee *Petrus Davila et Maria Cordubensis uxor MDXLI*, y debajo el misterioso mote: *donde una puerta se cierra otra se abre*. La otra fachada contigua á la puerta del Rastro tiene parecidos ajimeces y un portal de gallarda ojiva encuadrado dentro una moldura: en el patio yacen cuatro elefantes de diversos tamaños, antiguallas del paganismo recogidas ó desenterradas no se sabe cuándo ni de dónde (2).

Próxima cae una triangular plazuela hoy nombrada de Sancho Dávila, el ilustre general de Felipe II, é ignoramos si de su misma casa solariega se levanta á un lado encima de la puerta la majestuosa torre almenada, cuyas cuatro salientes garitas esculpidas de bolas en el pié le comunican una especial gentileza. Sucédense unas á otras las abandonadas viviendas de tanta nobleza extinguida ó emigrada, hasta llegar á la plaza de Santa Teresa, donde junto al portal de la ciudad hay una cuyo

(1) Cuenta Ayora que Hernán Pérez Dávila tomó á los moros de Ronda su estandarte que tenía trece roeles y lo cangeó por el que habían quitado á su padre Nuño, en razón de lo cual Alfonso X se los concedió por blasón. La merced del marquesado de las Navas data del 1533, y á ella había precedido en 1475 la del condado del Risco á favor de la propia familia.

(2) De ellas nos ocupamos hablando de los toros de Guisando, en el tomo de *Castilla la Nueva*; del que dió nombre á Toro en el capítulo de esta ciudad, tomo de *Valladolid*; del de el puente de Salamanca, en el principio de este tomo; y de los de Ávila en el primer capítulo de esta segunda parte. En *Segovia* volveremos á encontrarlas.

ÁVILA



CALLE DE PEDRO DÁVILA